



IÑAKI EZKERRA

El primero de los Machado que estableció una correspondencia continuada con Miguel de Unamuno fue Manuel a partir de agosto de 1901 y medio año antes de la publicación de 'Alma', su primer poemario, que recibió en marzo de 1902 el espaldarazo público que el novel sevillano se afanó en arrancar del para entonces rector de la Universidad de Salamanca. Unamuno le llevaba diez años y adoptó con él una actitud de maestro a discípulo no exenta de reconocimiento, pero que nunca llegó a tener la intensidad y empatía que despertaría, en don Miguel, Antonio Machado una vez que Manuel los puso en contacto. Poco a poco, el intelectual vasco se fue percatando de que el joven autor de 'Soledades', a quien había subestimado inicialmente, era «nuestro más grande poeta vivo», como lo afirmó en una carta dirigida al filólogo y compositor bilbaíno Pedro de Mújica. De esta evolución hacia un recíproco afecto y una admiración mutua que no se quebraría con la Guerra Civil, pese a que uno y otro eligieron distintos bandos, levanta documentada acta notarial 'Los Machado y Unamuno: cartas', un magnífico y denso volumen que contiene toda la correspondencia hallada hasta la fecha entre el autor bilbaíno y los dos sevillanos.

De la ambiciosa edición que abarca las 782 páginas se ha ocupado el dramaturgo, traductor y filólogo español Pollux Hernández, profundo especialista en el legado unamuniano, gracias al cual tuvimos acceso en 2017 a un libro inédito, los 'Apuntes de un viaje por Francia, Italia y Suiza', que Unamuno escribió a los 24 años, así como un año antes, con la publicación de 'Venceréis, pero no convenceréis', a la versión más contrastada y fiable de la famosa intervención de Unamuno en el Paraninfo de Salamanca en octubre del 36, ambos libros publicados, como el comentado ahora, por la editorial Oportet, que dirige el gran poeta y exdirector de Cátedra Emilio Pascual.

Fiel a su meticuloso método de trabajo, Hernández ofrece una amplísima y acreditada documentación de las fuentes bibliográficas, historiográficas y periodísticas consultadas para situar al lector en el más completo contexto de cada carta, reconstruyendo en lo posible los contenidos de las que se han perdido, informando de autores y obras o de personajes y hechos históricos, o proporcionándole artículos íntegros, reseñas y toda clase de textos a los que el material epistolar hace en un momento u otro referencia.

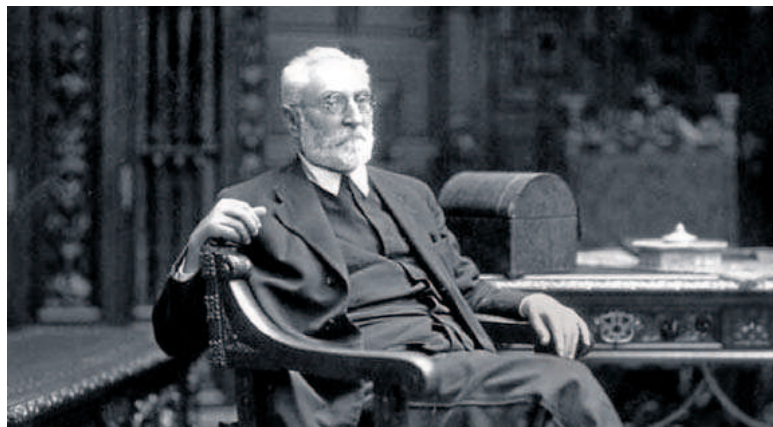
Exactamente, 24 son las cartas inéditas que recoge el libro. A las siete de Manuel Machado que



Los hermanos Antonio y Manuel Machado. Debajo, Miguel de Unamuno. E. C.

Los Machado dialogan con Unamuno

Novedad. La recuperación de cartas que se cruzaron los tres autores permite comprender la naturaleza de la relación que se creó entre ellos



ya se conocían, y que se conservan en la Casa-Museo de Unamuno en Salamanca, se añaden otras 17. En ellas el tono es de aprecio, pero se observa un sentido utilitario y superficial que las diferencia de la sincera admiración que siempre manifestó su hermano Antonio hacia quien calificó como «el gigante ibérico». De la primera a la última Manuel siempre anduvo solicitando favores, el más grande el de esa crítica a su libro 'Alma' que es una sabrosa y extensa prosa en la que Unamuno 'discute' de forma divertida con el joven poeta que se define depositario de la herencia árabe en

el poema 'Adelfos' y del que dice con ironía que la suya «es una raza mora que se ha bautizado en París». Unamuno claudica ante el talento de Manuel y le da las gracias, no sin antes reaccionar contra su afrancesamiento (odió desde joven el París que admiró Baroja); contra su mundanismo baudelaireano («¡Qué atrocidad! —exclama Unamuno— ¡Prostitutas y poetas hermanos!...») y contra su fatalismo morisco. Así, ante el deseo en verso de «que la vida se tome la pena de matarme/ ya que yo no me tomo la pena de vivir», a Unamuno le sale el existencialista cristiano que en esos

días lee a Kierkegaard y le contesta en otro histriónico contraataque: «¡Sin pena no quiero vida!»

Muy distinta a la relación con Manuel fue la que mantuvo el pensador vasco con su hermano Antonio, en la cual influyó no sólo la hondura de la lírica de este último, que llega a su madurez en

La admiración de Antonio contrasta con el sentido utilitario de las cartas de Manuel

'Campos de Castilla', sino también de su pensamiento, el diálogo filosófico, cultural, social y político que hay entre el creador del 'Juan de Mairena' y el de 'El Cristo de Velázquez'.

Padre espiritual

En las 14 cartas que ya se conocían y en las siete inéditas que se suman a ellas, se comprueba cómo a Antonio Machado y a Miguel de Unamuno les unió un sentimiento popular de España alérgicamente contrario a todo señoritismo y un sentido heterodoxo de la trascendencia que resultaba asimismo ajeno a cualquier confesionalismo religioso, pero honesto en la búsqueda de Dios. Más aún, el autor sevillano llegó a tomar al bilbaíno por una suerte de padre espiritual al que confiesa, en estas cartas, la tentación del suicidio que le abordó cuando perdió a su esposa Leonor. Quizá también porque Unamuno conservó con Antonio el estatus de maestro que tenía con Manuel, influyó en hacerle volver la mirada hacia Castilla y en apartársela de la cultura francesa hacia la que se sentía, por sensibilidad y formación, inevitablemente atraído. La edición de Hernández es, además de iluminadora, una auténtica fiesta filológica y un monumento al rescate epistolar de tres grandes españoles. De Unamuno aparecen media docena de cartas a las cuales hay que sumar dos de un tercer Machado, Francisco, que le envió, desde El Puerto de Santa María y de espaldas a sus hermanos, unos versos propios.

Sí. En esta correspondencia pueden rastrearse nitidamente las pistas de la definitiva influencia a favor de la tradición castellana que tuvo Unamuno en los Machado y que cada uno dirigió a su modo. Antonio acabó fusionando brillantemente al Darío parisino, al Verlaine simbolista y al Bergson temporalista con las aguas del romancero mientras Manuel pasó de las soleares y alejandrinos golfos a los recios sonetos místicos dedicados a la Virgen María y a Teresa de Ávila. Curiosamente, aunque el 'Alzamiento' le sorprendió en Burgos y, tras ser denunciado, se adhirió a la causa franquista dejó escritas un año antes de morir unas palabras sobre la guerra que parecen calcaídas del discurso de Don Miguel en el Paraninfo salmantino: «Se puede morir por una idea. No se puede matar por una idea. Idea que empieza por matar no triunfa. (...) Y en cuanto a los que proclaman la necesidad de destruir y de aniquilar al enemigo vencido, bastará recordarles que esa tendencia homicida y feroz revela en el vencedor más desconfianza, más miedo que fuerza, y, en último caso, falta de seguridad en el triunfo».